

Covarrubias antes de "The Prince of Wales..."

Ricardo Villegas Tovar

No hay pánico más terrible en el cosmos que el de saberse parte de la naturaleza pero separado de ella; surgido de ella para ser alejado de ella para seguir siendo. Esa separación se llama historia. La única reunión posible a partir de la separación histórica se llama arte.

Hölderlin¹

La Sala de Colecciones Especiales es un espacio dentro de la Biblioteca de la Universidad de las Américas-Puebla destinado al acervo de materiales raros y únicos que datan de los siglos XVI al XX. En ésta se encuentran seis colecciones de material bibliográfico que en su momento pertenecieron a Homes W. Eddy, Mary Blake, José Miguel Sarmiento, Joaquín Ibáñez, Eduardo Cué Merlo y José Miguel Quintana. Además se cuenta con los archivos personales del general Porfirio Díaz, José Miguel Quintana, Pablo Herrera Carrillo, Robert Barlow y Miguel Covarrubias.

Al igual que toda biblioteca, nuestro afán es, entre otros, el de dar a conocer al mayor número de personas el contenido de los libreros, gavetas, vitrinas y cuantos más espacios existan entre nuestras paredes.

Al hablar de archivos personales nos pueden venir a la mente incontables elementos históricos que nos narran, desde un punto de vista determinado, las etapas por las que la humanidad ha tenido que pasar para llegar a ser lo que hoy somos. A pesar de que nos hemos valido de la actual tecnología, que hemos acatado las normas

internacionales de clasificación y protegemos los documentos con políticas internas de seguridad, no podemos ser tan severos a la hora de abrir un cajón. Tenemos que dejar salir todas las expresiones que nos quieren contar esos recortes de periódicos, fotografías o el formato en el que se encuentre el sentir de cantidad de personas que detuvieron por un momento la fugacidad del tiempo para que hoy, a varias décadas de distancia, recordemos los caminos que tuvieron que recorrer grandes y pequeños en busca del ser y trascender en favor de todos.

La historia puede ser tan vasta y desconocida como el mismo universo y, reconociendo nuestras múltiples limitaciones, nos enfocaremos a platicar a través del archivo personal un pasaje de la polifacética vida del "genio"² Miguel Covarrubias.

Corrían los primeros años de nuestro agitado siglo XX y las injusticias hacia las personas por parte del Estado cada vez se hacían más grandes. Don Porfirio Díaz involucraba cada vez más las ideas extranjeras, en un contexto social que crecía casi independiente. Muchos quisieron hacer

¹ Hölderlin, citado por Carlos Fuentes en *La mirada trágica*, revista *Artes de México*, núm. 2, 1988, p. 29.

² Adriana Williams, *Covarrubias*, University of Texas Press, 1994, p. XVI.

algo por su patria, sin importar su clase o credo, y trabajaron y lucharon incansablemente para tener lo que hoy tenemos, un país. (Ilustración 1.)

Entre aquellos anónimos encontramos uno que no lo fue tanto. Don José Covarrubias Acosta (originario de Jalapa, Veracruz), ingeniero de profesión, culto y respetado en los círculos políticos y científicos de la ciudad de México, fue designado por el presidente para estudiar la inmigración china en el país y como subdirector de la oficina postal. Contrajo matrimonio con doña Elena Duclaud (de padre francés y madre española, radicados en México) y para el 22 de noviembre de 1904 tuvieron su primer hijo. Lo llamarían José Miguel, en remembranza del hermano de don José, Miguel Covarrubias, quien había sido ministro de Relaciones Exteriores y embajador de México en Londres y otros países.

El pequeño Miguel, gracias a la situación económica de su familia, pudo asistir a las mejores escuelas del país, ya fuera el Horace Mann School o el Alberto Correa. A pesar de esto, su infancia corrió entre reprimendas escolares, cuidados excesivos por su diabetes y clases de dibujo impartidas por su padre. Sin embargo, él prefería ser el niño travieso que burlaba a las autoridades escolares para ir a ver los ensayos en el teatro local. Llegó a tal grado su intolerancia por la escuela, que un buen día Miguel golpeó a uno de sus profesores con un palo, fracturándole el cráneo.³ Y digo que fue un buen día porque desde aquél, además de ser fuertemente castigado, fue enviado a la Secretaría de Comunicaciones para trabajar como dibujante de planos. Precisamente ahí desarrolló el gusto por el dibujo con un estilo propio.

Don José Covarrubias fue ascendido a la Dirección de la Lotería Nacional y se cambiaron de casa, a una del Paseo de la Reforma, cerca de las oficinas de la Lotería. En ella, Miguel tenía su propio cuarto, que pronto se volvió el punto de reunión para cantar corridos con la guitarra, comer o jugar hasta muy tarde. Conforme iba creciendo encontraba en la noche algo peculiar en los teatros y los cafés, que estaban llenos de artis-

tas y gustaba de hablar con ellos, en especial con Ernesto García Cabral, Guillermo Castillo y el huraño José Clemente Orozco. Ellos ilustraban con caricaturas los periódicos políticos. Influidos por la *vacilada* de Posada y con el ánimo de divertirse, se reunían en el café del hermano de Orozco, "Los Monotes". Después del largo día, intelectuales, escritores y artistas se reunían para comer tortas y tostadas de pollo con chile chipotle y compartir chismes nuevos y trabajos mientras reían y bebían. Ahí, uno podía toparse con Diego Rivera, Manuel Rodríguez Lozano, Lupe Marín, Rufino Tamayo o con el mismísimo José Juan Tablada. Todos ellos "adoptaron" al todavía joven Covarrubias; es más, ahí Luis Hidalgo lo llamó *El Chamaco* porque seguía siendo el más joven del grupo y el más travieso y goloso, que no dejaba "títere con cabeza" a la hora de hacer caricaturas. Conoció a Miguel Lanz Duret, Carlos Noriega Hope, Eduardo Elizondo y juntos publicaron una revista semanal con espíritu desestabilizador: *El Ilustrado*, que ponía en estado de *shock* a los lectores conservadores.⁴

Para aquellos días porfirianos, el sentimiento del pueblo había llegado al "punto de ebullición": la sociedad reclamaba un cambio. Este sentir no diferenciaba entre clases sociales. Al grupo de artistas también le había llegado el cambio y quizá fue el momento en que se guardó dentro de un baúl todo el *art nouveau* para surgir una nueva etapa en el arte. Tal fue el deseo de cambio que terminó por ser radical, al punto de convertirse en la médula de la columna vertebral de lo que hoy reconocemos como arte contemporáneo. Sin embargo, no todo era lucha y desesperación: existía aún en el aire la sensibilidad. En México se podía descubrir la poesía en la calle al ver a una madre cargar con su rebozo a su hijo, al caminar por entre los pasillos de los mercados al aire libre o al encontrar las inexploradas costumbres de los pequeños pueblos olvidados por la geografía.

Covarrubias fue invitado a colaborar para las revistas *Cáncer* y *Policromías* de la Universidad Nacional, las cuales tenían por objetivo cambiar

³ *Idem.*, p. 5.

⁴ *Idem.*, p. 9.

los programas de estudio o hacer reformas sociales. El siguiente paso, antes de la fama en México, fue con la revista *Zig-Zag*,⁵ que versaba sobre libros, teatro o toros y en la que aparecieron caricaturas de personajes como Roberto Montenegro o Gabriel Fernández Ledesma.

Si bien la palabra *sátira* existía en el léxico de Covarrubias, no fue precisamente eso lo que hizo a lo largo de su carrera. Muy por el contrario, tenía la peculiaridad de resaltar los pocos o muchos atributos físicos de sus sujetos; más que eso, analizaba a la persona por su sentir, por lo que reflejaba. Poco años después realizó una caricatura de Florence Mills que puede ejemplificar su ánimo a la hora de dibujar. Es la imagen de una muchacha delgada, con el pelo relamido, sin senos, con dedos largos; en suma, nada que la pueda hacer una gran mujer. Posiblemente ella tiene algo imperfecto, como todos, algo inferior, quizá hasta ridículo. Sin embargo, los brazos están dibujados con tanta gracia, los ojos con una expresión tan bondadosa, que aquella chica nos parece simpática, aun bonita. Porque Covarrubias repasa los detalles y, aunque nos muestra una nariz gruesa y unos falsos labios pintarrajeados, no la destroza como Urbina u otros crueles caricaturistas de la época. Esta caricatura, al igual que la mayoría de las de Covarrubias, es humana y bella y tiene como móvil el sentir, sin el cual ningún artista lo sería. (Ilustración 2.)⁶

Por ende, la vida de la caricatura es tan larga como la historia, nueva, actual, verdadera e interesante: fugaz. Sin embargo, a lo largo de sus diferentes ilustraciones la fama se iba acumulando y le iba valiendo el respeto y la admiración de los editores de diversas publicaciones. Su estilo se define en *La Falange*, a través de las caricaturas de Diego Rivera y Manuel Rodríguez Lozano. Desde entonces, sus producciones se mostraron tanto en periódicos mexicanos como sudamericanos.

Los movimientos sociales seguían producién-

dose y Obregón había alcanzado la Presidencia. Al nombrar a su gabinete tuvo un gran acierto: designar a José Vasconcelos como secretario de Educación. El mismo Vasconcelos llamó a Adolfo (*Fito*) Best Maugard para que promoviera las escuelas de arte al aire libre, quien a su vez solicitó la ayuda de Antonio Ruiz alias *El Corcito* y de *El Chamaco* Covarrubias. Con estos seudónimos tan propios, dispersaron sus conocimientos en mentes abiertas y con el arte nato de los niños llegaron más tarde hasta Guatemala. Fue una época de gran desarrollo, los grandes muralistas se bajaron de sus andamios para enseñar a quien quisiera aprender, y así se inició un nuevo renacimiento.⁷

Los tiempos eran propicios para los grandes festejos, y entre éstos encontramos las "noches mexicanas", que se efectuaban para celebrar el mes patrio. Adolfo Best nuevamente llamó a Covarrubias, esta vez para elaborar una réplica a escala del Popocatépetl, en papel maché, que se montaría cerca del lago de Chapultepec. Ésa sería la primera ocasión en que Covarrubias se enfrentara con el diseño de escenografías. Lo mismo sucedió pero en el ámbito de la museografía cuando el Dr. Atl empezó, junto con otros, a trabajar en una exposición que tendría como tema el arte y las artesanías mexicanas. Para 1922 también montaría una exposición con Alfonso Caso, que mostraba nuestro arte folklórico. Para ese entonces, Miguel había empezado a formar su propia colección de arte popular y algunas de sus piezas estaban incluidas en esa exposición. Coleccionaba esculturas precolombinas y coloniales, baúles tallados en madera, estolas y mantones de sacerdotes y arzobispos. Mientras su colección crecía, a causa de las ganancias por sus colaboraciones en revistas o periódicos, el espacio en su habitación se veía reducido, por lo que decidió rentar un cuarto en la calle de Donceles. Junto con esta idea sobrevino la de ir a Nueva York. Carlos Chávez y Adolfo Best ya estaban allá y comentaban acerca de las gran-

⁵ Sylvia Navarrete, *Miguel Covarrubias. Artista y explorador*, México, CNCA, 1993, p. 7.

⁶ Daniel Cosío Villegas, *La caricatura de Covarrubias*, Fondo Archivo Miguel Covarrubias, UDLA, P., Covarrubias biografía. Archivero: 5/6 Cajón: 1/3. C.C.: 120 Ref.: Migu-Migu.

⁷ "Antonio Ruiz y Miguel Covarrubias llegaron a esta ciudad", periódico guatemalteco. Fondo Archivo Miguel Covarrubias, UDLA, P., biografía, recortes sin fecha. Archivero: 5/6 Cajón: 1/3. C.C.: 123 Ref.: Migu-Migu.

